

Mar
10

Evangelio del día

Sep
2013

Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón (10 de Septiembre)

“Subió Jesús a la montaña a orar y pasó la noche orando a Dios”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 2, 6-15

Hermanos:

Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron, y rebosando agradecimiento.

Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo.

Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, que es cabeza de todo Principado y Potestad, habéis obtenido vuestra plenitud.

En él habéis sido también circuncidados con una circuncisión no hecha por manos humanas mediante el despojo del cuerpo de carne, con la circuncisión de Cristo.

Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó de los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados, y la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él, y nos perdono todos los pecados.

Canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz, y, destituyendo por medio de Cristo a las Potestades y los Principados, los exhibió en público espectáculo, y los llevó cautivos en su cortejo.

Salmo de hoy

Sal 144, 1-2. 8-9. 10-11 R/. El Señor es bueno con todos.

Te ensalzaré, Dios mío, mi rey;
bendeciré tu nombre por siempre jamás.
Día tras día, te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. R.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.
Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 12-19

En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios.

Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles: Simón, al que puso de nombre Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Simón, llamado el Zelote; Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor.

Después de bajar con ellos, se paró en un llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos.

Reflexión del Evangelio de hoy

San Pablo, en su Carta a los Colosenses, les pide coherencia: "ya que habéis aceptado a Jesús, el Señor, proceded como cristianos; arraigados en él, dejasos construir y afianzar en la fe". Y, en segundo lugar, sensatez: que se sepan defender de las "insulsas patrañas" que alguien estaba sembrando en la comunidad. Todo porque "Cristo es la cabeza de todo poder y autoridad".

En el Evangelio, san Lucas presenta a Jesús que sube a la montaña a orar, porque al día siguiente quiere realizar una elección muy importante. La nominación de los Doce componentes de la primera comunidad cristiana y apostólica en torno a Jesús, "de quien - comenta el Evangelista- salía una fuerza que los curaba a todos".

"Subió a la montaña a orar"

Jesús pasa toda la noche orando, y, para hacerlo en un sitio digno, sube a la montaña, con todo el simbolismo que la montaña encierra como lugar del encuentro con Dios. Era muy importante lo que quería hacer al día siguiente. Nosotros hubiéramos buscado el descanso del sueño, él buscó el encuentro con su Padre.

Cómo fue aquel encuentro no se nos dice, pero sí se nos insiste en lo reiterativos que se iban haciendo entre él y su Padre. Aunque lo hubiéramos agradecido, tampoco lo necesitamos. Tenemos datos más que suficientes en el Evangelio sobre las relaciones de Jesús con su Padre y de éste con Jesús.

La primera nota que constatamos es una confianza total entre ambos. Jesús sólo busca bendecirle, agradecerle y darle gracias por lo que hace. El Padre quiere y aprovecha momentos solemnes, como el Bautismo y la Transfiguración, para proclamar quién es su Hijo y la escucha y obediencia que, como a tal, le debemos. Otra de las notas más sobresalientes es el abandono de Jesús a la voluntad de su Padre, pidiéndonos que, cuando recemos, digamos: "Hágase tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo". Bastarían estas dos notas para intuir por dónde tuvo que ir la oración de Jesús.

La singular comunidad de los primeros discípulos

Y del monte, de la esfera divina, del encuentro con Dios en oración, pasamos al plano humano, "cuando se hizo de día", Jesús llamó a los doce por su nombre y los nombró apóstoles, enviados, misioneros. Son doce, número simbólico que hace referencia, sobre todo, a las doce tribus de Israel. Con ligeras diferencias, el número y nombre de los doce aparece varias veces en el evangelio. Son los que acompañan muy de cerca a Jesús, colaborando con él en todos los signos de sanación que continuamente ejercitaba.

Uno hubiera esperado que, con buen tino, hubiera escogido lo mejor; que hubiera hecho una selección; que, a su lado y bajo su tutela y dirección, hubieran tenido sus pruebas, sus clases, su preparación para la misión. Al fin y al cabo, no eran más que pescadores. Pero, chocamos de nuevo con los planes y caminos de Dios que no son los nuestros. Escogió a personas como nosotros, fieles pero no siempre, entusiasmados con la misión y, al mismo tiempo, olvidadizos, egoístas, celosos y envidiosos. Y hasta alguno, como bien sabemos, traidor. Repito, como nosotros. Pero, madurarán y llegarán a ser los mejores colaboradores del Señor. ¿Cómo nosotros? Seguro que sí, no por nosotros, sino por él.

Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón

Misioneros dominicos en Japón

Los dominicos, llegados a Japón en 1602, establecieron su campo de misión en la isla de Kyûshû. A su llegada, ya había sido promulgado por Toyotomi Hideyoshi un edicto de persecución contra el cristianismo. Los tormentos que esperaban a los misioneros eran espeluznantes: crucifixión, decapitación, fuego lento, agua ingurgitada y expelida violentamente, agujas o cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, la «horca y hoyo», suplicio que consistía en colgar a la víctima por los pies en una horca sobre una fosa hedionda o un manantial de aguas sulfurosas, y en ocasiones la expulsión del territorio japonés.

A pesar de todo, al igual que otros religiosos, los dominicos tienen el coraje de entrar en aquel país donde ya habían derramado su sangre por la fe otros compañeros. Bajo la dirección del madrileño padre Francisco Morales llegan de Manila los cinco primeros dominicos que, asentados primero en Koshiki, extienden sucesivamente su campo de acción a otras regiones de Japón. A medida que estos pioneros de la misión dominicana van informando a los superiores de Manila sobre sus dificultades, arrestos y sufrimientos, se suceden las llegadas de nuevos operarios: los padres José de San Jacinto, Jacinto Orfanell, Juan de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, etc. Arrostrando el ambiente adverso, van apareciendo jóvenes nipones que abrazan la vida religiosa o deciden defender la fe en Cristo desde su puesto como laicos.

Gracias a la relativa calma que reinó en la primera década del siglo XVII, nuestros misioneros pudieron desplegar su actividad en diversas zonas de la isla de Kyûshû e incluso llegaron a fundar iglesias en Kyoto y Osaka. Pero la situación se agrava cuando, en 1614, Tokugawa Ieyasu publica un edicto más represivo y cruel. Los religiosos se ven entonces obligados a servirse de la oscuridad de la noche para evangelizar y animar a los laicos cristianos a participar en la ayuda y protección de los misioneros. Ieyasu muere en 1616 pero Hidetada, su sucesor en el shogunado, intensifica la opresión contra el cristianismo. Poco a poco, las cárceles se van llenando de religiosos: jesuitas, agustinos, franciscanos, dominicos y fervientes laicos cristianos, que sucesivamente serán conducidos al altar del martirio.

Estos misioneros ni siquiera en las cárceles dejaban de evangelizar. Al igual que otros religiosos, los dominicos, no sólo catequizaron a los carceleros bien dispuestos, sino que además escriben cartas y relaciones que envían clandestinamente a Filipinas y a España y que, en la mayoría de los casos, han llegado hasta nuestros días. En los archivos hay un verdadero arsenal de documentos autógrafos que, redactados tanto en libertad como en prisión, constituyen fuentes autorizadas para la historia de las misiones.

Por privilegio especial, los dominicos encarcelados podían admitir a la orden, mediante la profesión, a cristianos de probada fidelidad y piedad. Dado el fervor religioso que se respiraba en la cárcel, no faltaban oficiales que se sentían impresionados y con frecuencia el lugar, más que una prisión, parecía un convento donde convivían religiosos de diversas órdenes. Lo cual no dejaba de ser un testimonio de unidad en la confesión de la fe cristiana. Todos compartían la oración, el dolor, el celo apostólico y las mismas ansias de dar su vida por la fe.

Los mártires dominicos de Japón forman varios grupos. El padre Ceferino Puebla Pedrosa, O.P., los clasifica en tres, el primero de los cuales es el que ahora nos ocupa. El segundo grupo lo forman 19 sacerdotes, profesos y terciarios de la orden dominicana, de los cuales dieciséis fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987. Al tercer grupo pertenecen setenta y dos laicos relacionados con la misión de los dominicos: terciarios y cofrades del Rosario, catequistas, hospederos y bienhechores, beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Aquí sólo presentamos el primer grupo, cuya memoria se celebra el 10 de septiembre. Está formado por ocho japoneses: Domingo del Rosario, Tomás del Rosario, Mancio de Santo Tomás, Domingo de Hyuga, Pedro de Santa María, Mancio de la Cruz, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo; un italiano: Angel Ferrer Orsucci; un belga: Luis Flores, y diez españoles: Alfonso Navarrete, Juan Martínez de Santo Domingo, Tomás de Zumárraga, Francisco Morales, Alonso de Mena, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Jacinto Salvanés, Pedro Vázquez, Luis Bertrán Exarch y Domingo Castellet. Todos ellos fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

Jesús González Valles, O.P.